

JUNIO 2014

ESCRITOS

¿PONDREMOS NUESTROS MEDIOS AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD?

Escrito dominical, el 1 de junio

Es un interrogante que inquieta, aunque mantenemos esa esperanza; está basada en la experiencia que nos dice que los medios de comunicación social utilizados correctamente son una bendición para nuestra sociedad. Pero antes de adentrarnos en la reflexión de la importancia de esta cuestión, quiero felicitar a quienes trabajan en los medios locales o no, sean éstos propiedad del Arzobispado o la Iglesia en Toledo, o pertenezcan a otras instituciones. Lógicamente mi felicitación tiene el rasgo especial para cuantos en la Iglesia de Toledo trabajan y se esfuerzan en ese sensible campo de los medios. La Iglesia celebra el 1 de junio la Ascensión de Jesús a los cielos, y ese acontecimiento supone una comunicación total de Cristo, pues resucitado ya no está sujeto a tiempo y espacio. Su humanidad glorificada es un gozo y una posibilidad de encontrarnos con el que es la cumbre de la Humanidad.

Podríamos enumerar todos los aspectos problemáticos de una desafortunada utilización de los medios en todas sus modalidades y tecnologías posibles hoy. Llevamos unas semanas de polémicas y controversias: ¿cómo conseguir que en la red (internet, twitter, Facebook) no se ataque injustamente y de modo casi anónimo a las personas, incluso las asesinadas? Hay un poco de cobardía en esos insultos en la red. Con frecuencia comentamos también que la velocidad con la que se suceden las comunicaciones supera nuestra capacidad de reflexión y de juicio, sobre todo en los más jóvenes y aún niños; que no puede ser bueno perder la capacidad de guardar silencio para escuchar; que la variedad de opiniones expresadas con tantos medios ha de entenderse, sí, como una riqueza, pero también es posible encerrarse en una esfera hecha de informaciones que sólo correspondan a nuestras expectativas e ideas, y no digamos a determinados intereses políticos y económicos. El Papa Francisco indica, además, en el mensaje para esta XLVIII Jornada de Medios de Comunicaciones Sociales que “El deseo de conexión digital puede terminar por aislarnos de nuestro prójimo, de las personas que tenemos al lado. Sin olvidar que quienes no acceden a estos medios (...) corren el riesgo de quedar excluidos”.

Esos límites son reales, pero en opinión del Papa “no justifican un rechazo de los medios de comunicación social; más bien nos recuerdan que la comunicación es, en definitiva, una conquista más humana que tecnológica”. Habrá, pues, que ser sagaces y a la vez perspicaces, en definitiva prudentes. Como en otros ámbitos, para que los medios y la red crezcan en humanidad y en nosotros aumente en comprensión recíproca también en mundo digital, necesitamos de formación, de esfuerzo para aprovechar toda esa energía que los medios tienen para bien de nuestra sociedad. Para los que aman a Dios todo contribuye al bien. Los valores y las virtudes que se inspiran en el cristianismo, y la visión del hombre como persona son una oportunidad única para encauzar el potencial que los medios poseen en sí mismos.

El Papa se atreve a sugerir, haciendo una interesante lectura de la parábola del buen samaritano, que la comunicación se ponga al servicio de una auténtica cultura del encuentro, como hizo aquel que liquidó prejuicios y atendió al que estaba herido y tumbado en el camino. Jesús, en efecto, invierte la perspectiva en las relaciones humanas: quien comunica se hace prójimo, cercano, ya que no trata al samaritano al otro sólo como su semejante, sino que es capaz de hacerse semejante al otro. Comprobamos, por ello, que queda mucho que hacer. Las estrategias comunicativas no garantizan la belleza, la bondad y la verdad de la comunicación.

El reto que lanza el Santo Padre es concreto: el mundo de la comunicación, los comunicadores no pueden ser ajenos de la preocupación por la humanidad, sino que está llamado a expresar también ternura. La red de cables existe; pero también existe y antes esa red de personas que constituye nuestra sociedad. Esa es la razón de insistir en que, gracias a las redes, el mensaje cristiano puede viajar “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Eso sí, no conseguiremos ese objetivo únicamente bombardeando mensajes; necesariamente ha de pasar el anuncio y el mensaje por la carne resucitada de los que viven según el Espíritu de Cristo, el hombre nuevo que nos encuentra en los caminos de nuestra historia.

PENTECOSTÉS

Escrito dominical, el 8 de junio

Os confieso, hermanos, que el final de los cincuenta días de Pascua, Pentecostés, es una fiesta con un atractivo especial. Así lo he sentido desde hace muchos años. En el proceso de la vida de encuentro con Cristo, que nos permite creer en Él, al principio no te das cuenta de la presencia del Espíritu Santo, que es precisamente el que hace posible ese encuentro. Después, cuando te adentras en el misterio de la Revelación que Dios nos hace de su amor y salvación, comprendes que, sin el Espíritu que Jesús resucitado envía, no hay Iglesia o ésta se parecería a una mera organización religiosa, sometida a envejecimiento. Y sin Iglesia y la Tradición no hay posibilidad de conocer a Cristo, más allá de un conocimiento humano histórico, pero no ese Jesús resucitado y vivo que te enamora y te fascina.

De manera que piensas: desde toda la eternidad el Padre nos ha amado en el Hijo, que se hace uno con nosotros y, vivo, está en la entraña de la comunidad que Él ha creado abierta a toda lengua, raza, pueblo y nación. Pero nada de esto ha sido posible sin el Paráclito que Cristo y el Padre han enviado. Todos los días, pues, estrenamos la fe cristiana, porque podemos encontrarnos con Jesús y el Espíritu nos fortalece para el combate cristiano de la fe. Y ahora pienso: este encuentro con Cristo y la comprensión del dinamismo de la fe cristiana es absolutamente necesario para que haya un Pueblo de Dios, compuesto de hombres y mujeres que han aceptado ese encuentro y Jesús se ha convertido en su Señor. Quiero decir que Pentecostés es una fiesta de todos, porque es la iniciación cristiana, es la sacudida de nuestra vida cómoda que nos hace salir de nosotros mismos, la posibilidad de hoy en nuestra concreta sociedad haya personas alcanzadas por Cristo para ser miembros de su Iglesia santa.

Pero ponemos especialmente de relieve en Pentecostés que la vocación del fiel laico sea cada vez más consciente de su corresponsabilidad en la Iglesia, de su papel insustituible en la vida pública (Iglesia en el mundo, decíamos hace ya varios años), de su dignidad y de sus capacidades al servicio del Reino de Dios. Y pedimos al Espíritu Santo que los hombres y mujeres cristianos (los *christifideles Laici*) sean cada vez más conscientes de su dignidad. Yo me alegro de esas palabras hermosas del Papa Francisco en la *Alegría del Evangelio*, 102: “Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes”.

Como vuestro Obispo agradezco mucho al Señor vuestra vida de fieles laicos en nuestra Iglesia, en parroquias y movimientos apostólicos, en organismos de la Iglesia, en cofradías y hermandades, en todas las tareas eclesiales. Os doy las gracias porque cada día dais testimonio de Jesucristo y en los trabajos del Evangelio, en la atención a los más pobres, en tantos lugares donde dais la cara por Cristo. Pero vosotros y yo sabemos que quedan muchos hijos de la Iglesia, fieles laicos, bautizados, que no se sienten como tales, que desconocen la grandeza de sentirse Pueblo de Dios, que caminan como ajenos a la fe y la vida cristiana, como si esta fe sólo fuera pura sociología religiosa que no entra en su interior; que vagan sin esperanza, sin un cambio de vida, que no saben quién es Cristo ni el Padre ni el Espíritu, ni gozan con la Palabra de Dios. Mucho queda por hacer.

Yo no estoy desanimado; al revés, estoy muy esperanzado con el caminar de tantos fieles laicos, con la alegría que da sentirte acompañado por tantos hijos de la Iglesia que con los pastores camina tras el Señor, dispuestos a anunciar el Evangelio de la vida, que da sentido a la historia y la vida de nuestra sociedad, que se movilizan porque la caridad del Señor acoja a los más débiles, por dar una educación y su vida a los hijos que han engendrado, y no quieren que sean otros (el Estado, el gobierno que fuera, la cultura dominante) quienes les “eduquen” y les muestren la orientación moral de sus vidas, porque la familia es primero. Yo rezo por vosotros y estoy dispuesto ayudar en esta tarea. El Espíritu Santo venga sobre nosotros, con la intercesión de la Virgen María, la Madre del Señor.

ORAR POR LOS CONTEMPLATIVOS

**Escrito dominical, el 15 de junio
Domingo de la Santísima Trinidad**

Estamos ante la Jornada “Pro orantibus”, es decir, en la Jornada en que se pide a toda la comunidad cristiana que rece y se preocupe de nuestras hermanas y hermanos que viven su vocación cristiana de un modo singular: la vida contemplativa. Ésta tiene modalidades diferentes: clausura papal y constitucional u otro tipo de vida escondida en Cristo. Es una vocación que necesita una entrega total de la persona, larga vida de oración y contemplación, lectura meditada de la Palabra de Dios, pobreza, vida en común, silencio y sobriedad. Para muchos cristianos, la vida contemplativa tiene que ver con “monjitas encerradas” que hacen de pararrayos de la ira de Dios, que están ahí en tal o cual calle o espacio de nuestras ciudades o pueblos, generalmente bien acogidas o, mejor, bien aceptadas en el aprecio de nuestros cristianos. Muchos las ayudan con sus limosnas o con otras dádivas, lo cual es de agradecer. Son “las que rezan”, ¿por los que no rezan? Tal vez. En cualquier caso, mucha es la gente que les hace llegar intenciones, preocupaciones y dificultades para que las Hermanas recen por ellas.

Yo, evidentemente no estoy de acuerdo con esta visión de la vida contemplativa en la Iglesia que, con algunos trazos, he descrito en el párrafo anterior. Pararrayos de la ira de Dios no es bueno considerar que son los 41 monasterios de clausura de nuestra Diócesis. Dios no es un Dios enfadado que necesite ser calmado. Su Hijo Jesucristo hizo oblación de su vida entregándose por nuestros pecados y, muerto en la Cruz, resucitó para nuestra justificación, y nosotros podemos y aún debemos participar de este “sentimiento de Cristo Jesús”. Por otro lado, ningún cristiano cumple con la llamada que Cristo le hace para vivir su vida cristiana, si él no sigue a Jesucristo libremente y acepta el contenido de la vida cristiana, por mucho que recen por él o ella. Sin duda que es muy bueno orar por los demás, pedir conversión, ofrecer la vida por el Evangelio y el Reino de Dios. Pero eso es otra cosa.

La vida contemplativa es una vocación personal, preciosa, de seguimiento de Jesucristo con una consagración al Señor con el corazón indiviso, que quiere estar escondida con Cristo Jesús, dedicada a la alabanza y la acción de gracias, a la vida litúrgica y, de un modo especial, a la oración de todo tipo, pero especialmente contemplativa de los misterios de Cristo que se realizan en la Iglesia. Nadie como las monjas y los monjes mantienen ese diálogo eterno entre Dios y su Pueblo, entre Cristo y su Esposa, en una vida entregada para siempre, no para un periodo de la vida, en diálogo de vida que llena el corazón. Y esa vida es eclesial, y muy necesaria para la comunidad cristiana. Ahora que el Papa Francisco nos insiste con toda su fuerza a salir, a evangelizar a “ir o salir”, sería un error pensar que estas Hermanas y Hermanos deben apartarse de su vocación o carisma para hacer, por ejemplo, una evangelización por nuestros pueblos y parroquias. Eso sería un dislate. Si todos evangelizamos más con nuestra vida que con nuestras pobres palabras, si todos necesitamos antes y después hablar más con Dios que de Dios, ellos, los contemplativos evangelizan sobre todo orando. Sin duda.

Pero, ¿qué hacemos nosotros por estos contemplativos? Sí hacemos, pero no lo más importante: ver que esa vida contemplativa es también para nuestros chicos y chicas, para nuestros jóvenes o menos jóvenes. ¿Considerad cuántos de nuestras comunidades parroquiales han entrado en un monasterio? La bajada en número de contemplativas españolas, por ejemplo, ha sido espectacular, un número irrisorio. Pero el Evangelio exige profundidad contemplativa, y cada vez son los contemplativos menos. Ciertamente el número no es decisivo. Pero os digo, hermanos, que es urgente orar en favor de los consagrados en la vida contemplativa, como expresión de que reconocemos, estimamos y agradecemos el patrimonio espiritual de los monasterios en nuestra Iglesia. Hemos de acercarnos de verdad a lo que significa la vida específicamente contemplativa, conocerla de cerca como realidad que muestra el amor gratuito y libre a Jesucristo, y siendo tan necesaria como es en la Iglesia y para el mundo. También sé que es necesario iniciativas dirigidas a incentivar la vida de oración y contemplativa, para que la Iglesia sea la Iglesia que ora y responde a su Señor con la totalidad de la vida entregada, que trae la felicidad a los hombres. Os pido que oréis por estas intenciones, por estos hermanos y hermanas contemplativos en el día de la Trinidad Santa.

EL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

Escrito dominical, el 22 de junio Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Así denomina la Iglesia la fiesta que sigue al Domingo de la Santa Trinidad: Corpus et Sanguinis Christi. De este modo queremos vivirla nosotros, hijos de la Iglesia. Cuenta el cardenal T. Spidlik que un estudiante creyente y un amigo suyo no creyente viajaban juntos por Italia, donde, como en otros países europeos, la mayor parte de los monumentos son iglesias. Cuando entraban en alguna, el creyente se fijaba sobre todo en dónde estaba la capilla del Santísimo y rezaba una breve oración. El no creyente, que era una persona bien educada, no decía nada, permanecía en silencio.

En un determinado momento el no creyente expuso a su amigo una duda: “No logro imaginarme que en un pedacito de pan esté Dios y que vosotros vengáis a rezarle aquí delante”. Es una duda que surge en otros muchos. La Eucaristía tiene que ver con comer y beber y así acontece en la celebración eucarística: los fieles preparados para recibir a Cristo sacramentado se acercan a recibir el pan consagrado y, si la comunión se administra bajo las dos especies, beben la sangre del Señor. ¿Qué fuerza posee este comer y beber?

Conviene responder a esta pregunta comenzando con una reflexión que tiene que ver con todas las religiones: ¿dónde y cómo está presente Dios? Los pueblos primitivos no tenían dificultad en creer que las divinidades habitasen en algo material: en un árbol, en una montaña especial, etc. En la Biblia, sin embargo, se prohibía venerar a Dios en las colinas, en las imágenes, en las estatuas. El Dios de los filósofos es puro espíritu y por eso no puede material, e incluso los pensadores griegos clásicos hablaban de un Olimpo inmaterial, invisible. Los autores bíblicos no tienen ninguna intención de disminuir la trascendencia divina ni en el AT ni el NT. San Pablo escribe: “[Dios] habita una luz inaccesible” (1 Tim 6,16).

Sin embargo, en la historia de la salvación ocurre algo extraordinario: Dios mismo descendió al pueblo que eligió (cfr. Ex 19,16ss; 2 Cron 7). Al final aparece Aquel que sólo “bajó del cielo” (Jn 3,13), el Hijo del Hombre, Jesucristo. Pero no cabe duda de que los paganos de los primeros siglos del Cristianismo tenían las mismas dudas que los no creyentes tienen hoy respecto a la Eucaristía. El filósofo Celso afirma en el siglo II que no es sensato creer que Dios, causa primera del universo, pueda estar presente en un hebreo crucificado por los romanos. Por el contrario, este mensaje lo aceptan millones de cristianos y esta fe se transformó en piedra angular: el Dios inaccesible nació del hombre y habita en él. También es comúnmente aceptada por los cristianos esta verdad que lleva a unas consecuencias concretas: “Que cuanto hicisteis a unos de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). Esta identificación de los cristianos con Cristo no sorprende ni siquiera a los no creyentes, que elogian a los que actúan conforme a ella.

Pero todo este realismo cristiano llega al estadio final cuando con las mismas palabras de Jesús, en la última Cena con sus discípulos, en la plegaria eucarística, invocamos la fuerza del Espíritu Santo sobre el pan y el vino, dones ofrecidos, y Cristo resucitado se acerca más a nosotros, pues el pan no es ya pan y el vino no es ya vino, sino la presencia real del Señor. Una increíble realidad dispuesta para ser gozada por nosotros, sus discípulos en la celebración justamente de la Eucaristía. ¿Cómo hacerla entender a quien no la acepta? Se puede, por supuesto razonar y así lo han hecho, y bien, los grandes pensadores de la Iglesia. También es bueno explicar este sublime misterio como lo hace san Juan de la Cruz, al hablar del Dios Trino y Uno: “Aquesta eterna fonte está escondida// en este vivo pan por darnos vida, // aunque es de noche. // Aquí se está llamando a las criaturas, // y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, // porque es de noche.// Aquesta viva fonte que deseo, //en este pan de vida yo la veo, // aunque es de noche”.

TÚ ERES PEDRO

Escrito dominical, el 29 de junio

Conocemos bien estas palabras de Jesús: “Yo te digo, tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18). La palabra clave de este texto es “iglesia”, en griego *ekklesia*. Es una palabra antigua, se usaba antes del cristianismo. Significaba la asamblea del pueblo, pero no una asamblea de modo informal, sino una asamblea oficialmente convocada. El término hebreo fue usado, pues, en la traducción griega de la Biblia.

¿En qué momentos se reunía de modo oficial el pueblo de Israel? A los pies del Sinaí, después de que el pueblo salió de Egipto, se puede decir que Dios convocó al pueblo a través de Moisés, el representante que Él había designado. En aquella ocasión, el encuentro fue una verdadera asamblea nacional. Tenía una finalidad clara. Concluir la alianza con Dios, aceptar su ley con un sacrificio litúrgico. Dios da signos de su presencia en medio del pueblo y promete su constante protección. Los beduinos nómadas llegaron así a tener una unidad nacional y además una unidad sacra. Tales lazos se reforzaron todavía más después de la ocupación de la tierra de Canaán y después de la construcción del templo de Jerusalén por Salomón, signo de la presencia estable de Dios. Cuando más tarde la tierra fue ocupada por las potencias extranjeras y el templo destruido, se disolvió también la unidad nacional.

Leyendo de nuevo el texto de Mt 16,18, parece claro el nexo de unión con el AT. Mateo también habla de la destrucción de la ciudad vieja y del templo de Jerusalén (algo que sucedió el año 70 d.C.). Pero Jesús promete una nueva asamblea de Dios, esta vez fundada por Cristo pero sobre Pedro. También san Pablo habla de la Iglesia como la asamblea de los fieles, convocada por Dios, pero esta vez por medio de Cristo y en Cristo. Él permanece con su pueblo inseparablemente unida, y así se puede comparar a la Iglesia como la esposa (2 Cor 11,2-3), como su cuerpo, porque fue vivificada por su Espíritu (cfr. 1 Cor 12,13), el cual ahora abarca a todos, hebreos y paganos, uniéndolos. Es, pues, un disparate decir, por ejemplo, que Cristo predicó el Reino de Dios y más tarde apareció la Iglesia como si se tratara de una construcción humana de Pedro o de Pablo.

Esto está bien ilustrado en el icono que representa la venida del Espíritu Santo en la tradición oriental. Los apóstoles están sentados a los lados, como los obispos en un concilio. En el centro hay un puesto vacío pero misteriosamente iluminado, que significa la presencia invisible del mismo Cristo, mientras que la presencia de los apóstoles es totalmente visible. Si miramos a la Iglesia con una mirada puramente humana, vemos solo a los apóstoles y sus sucesores; pero con los ojos de la fe vemos a Cristo, que es su luz y su todo. El Espíritu de Dios descende sobre la tierra a través del espíritu de los hombres.

¿Dónde puede encontrar el hombre a Dios? La respuesta más noble parecería ser la que puede dar el que levanta las manos diciendo: Dios está en el cielo, en lo alto, por encima de nosotros. Moisés, al contrario, encontró a Dios muy cerca, en una zarza ardiente y en la cima del Sinaí. Los hebreos sintieron la proximidad de Dios en el arca de la alianza y en el templo de Jerusalén. Sin embargo, Dios se identifica con el hombre Jesús de Nazaret a través del misterio de la encarnación. Hablar con Cristo significa hablar con el hombre y con Dios al mismo tiempo. Más tarde Cristo dice a los apóstoles: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), identificándose con sus apóstoles por medio de su Espíritu. Por medio de los apóstoles rezamos con Cristo, y el apóstol Pedro es la roca sobre la que se sitúa la Iglesia.

Sin embargo, los hombres no se manifiestan demasiado dispuestos a aceptar esta feliz noticia del Evangelio, aun cuando reconocen la necesidad de que los hombres se unan. Buscan, por tanto, fundamentos que a ellos les parecen sólidos. Así las cosas, lo que parece cierto es que la última etapa de la revelación es la voluntad de Cristo: Él quiere hablar con nosotros a través de un contacto directo con los hombres con los que se ha identificado, que son como el fundamento y la roca de la Iglesia, signo y órgano de su presencia unificadora entre nosotros. Ahí está aquel en el que hoy vive Pedro: el Papa Francisco. ¿Acaso esperamos a otro?